

DISCURSO

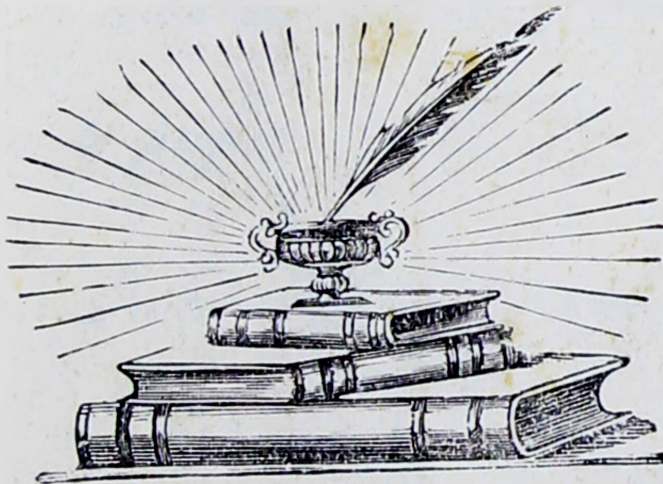
PRONUNCIADO POR

FRANCISCO CHIRIBOGA B.

EN LA

UNIVERSIDAD DE QUITO

AL CLAUSURARSE. CON UNA SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS
EL CURSO ESCOLAR DE 1899 A 1900



QUITO — 1900

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL, POR J. SAENZ R.

A mi distinguido tío, el eminente jurisconsulto Señor Doctor Don

José María Bustamante

dedico este pequeño trabajo, como una sincera manifestación del verdadero cariño y del respeto que le profeso.

Quito, Febrero de 1904.

Francisca Chiriboga B.



LA JURISPRUDENCIA Y LA POESIA

Respetables Señoras y Señoritas:

Señores:



¡SATISFECHOS debemos sentirnos hoy los miembros de la Sociedad "Jurídico-Literaria," al ver la manera cómo las elevadas clases sociales de esta Capital han correspondido á nuestra invitación. Los representantes de los altos Poderes del Estado; las distinguidas Matronas y Señoritas de la culta sociedad quiteña; los ilustres ancianos, encanecidos en el cultivo de las Ciencias y las Letras y que constituyen el orgullo de nuestra patria; los inteligentes jóvenes que comienzan á recorrer entusiastas por los nobles senderos del saber: todos han acudido ahora á honrarnos con su presencia y á escuchar nuestras débiles palabras. ¡Cómo se conoce que la juventud tiene por sí sola grandes atractivos, cuando todos aceptan gustosos su sincero llamamiento, aun cuando ella no tenga, muy á pesar suyo, nada bueno que ofrecerles!

Y ¿para qué os hemos reunido ahora en este bello recinto? ¿Será, acaso, para deleitar vuestras ilustradas inteligencias con hermosos y elocuentes discursos; para embelesar vuestros corazones con inspiradas poesías? . . . No: jóvenes que zarpamos poco ha de las tenebrosas playas de la ignorancia, para ver de internarnos, siquiera un pequeño trecho, en el sublime, pero proceloso mar de la ciencia; jóvenes escasos de aptitudes y de ingenio—al

menos por lo que á mí se refiere—; mal podíamos regalaros esos manjares del espíritu, por más que vosotros anheléis justamente saborearlos. ¡Quede para los cerebros privilegiados la dicha de poder brindar, á un auditorio selecto como el actual, frases arroadoras, capaces de prender el fuego del entusiasmo aún en los corazones más indiferentes! Nosotros os hemos convocado solamente para que, concedores como sois de las dificultades que rodean á los que emprenden labores como la nuestra, nos dirijáis una voz de aliento en estos solemnes instantes, y para que vuestra respetable presencia nos sirva de poderoso estímulo para continuar adelante en la difícil, pero noble tarea que hemos comenzado.

A la verdad, ¡qué noble, qué alhagador es el hecho de habernos reunido unos cuantos amigos, cursantes de Derecho, con el elevado propósito de estudiar juntos los intrincados problemas de la Jurisprudencia y amenizarlos con el agradable cultivo de la Literatura! En esta clase de sociedades es donde el espíritu se ensancha y se ilustra con el continuo cambio de las ideas, con la resolución de las dificultades que se suscitan ocasionalmente, con las sabias y profundas enseñanzas que, benévolos, se dignan dar los socios honorarios, los ilustres maestros de juventud, y, en fin, con la crítica amistosa que cada uno tiene perfecto derecho de hacer, respecto de los ensayos de sus compañeros.

I

DOS son, pues, como os he dicho, los objetos principales que nos propusimos al fundar esta Sociedad: el estudio de la Jurisprudencia y el cultivo de la Literatura. Voy á hablaros, si quiera sea someramente, de cada uno de ellos.

Nada más necesario ni más útil tanto para las Naciones como para los individuos que las componen, que el estudio y cumplimiento del Derecho en sus diferentes faces. Desde los remotos tiempos de Grecia y Roma se ha reconocido lo indiscutible de esta verdad; y, por eso, los sabios más profundos, como Solón y Licurgo; los filósofos y oradores más admirables, como Demóstenes y Cicerón; los espíritus más pensadores, como Triboniano, Gayo y Papiniano, pusieron su atención preferente en la ciencia de la legislación.

Y, en efecto, si consideramos al Derecho en su acepción más lata y desde su verdadero punto de vista, no podremos menos de reconocer que su acción es esencialmente benéfica y civilizadora. El arregla las innumerables y diarias relaciones de los individuos entre sí; dispone de la manera cómo se ha de constituir la fami-

lia; vela por la posteridad desde antes de su nacimiento; ampara al huérfano, al débil y al menesteroso; interpreta la voluntad del moribundo, aun cuando éste no haya podido manifestarla; cuida del recto y justo cumplimiento de los contratos que se celebran, de las obligaciones que se contraen; da ensanche y vigor al comercio, facilitando sus transacciones; es el tutor nato de todos y de cada uno de los individuos de la sociedad, para defender su vida, su honor y su fortuna; se afana por establecer sobre bases firmes y duraderas el bienestar de los ciudadanos; castiga con severidad á los delincuentes, para ver de conservar incólumes la tranquilidad y el orden públicos; determina á los Poderes del Estado el límite del cual no les es lícito pasar, para que llenen sus elevados fines y no empuñen la vara de la tiranía ó del despotismo; prescribe á los súbditos los deberes que están obligados á cumplir, so pena de entregarse en los opresores brazos de la anarquía; señala á las naciones la conducta que deben observar en sus relaciones recíprocas, para cimentar más la amistad, evitar las discusiones ó disminuir sus estragos cuando ellas sean inevitables, para que reglen sus acciones á los dictados de la justicia ya sean grandes y poderosas ó pequeñas y humildes, y para que las primeras reconozcan que la opresión y la conquista respecto de las segundas, es propio sólo de la barbarie; extiende, en fin, su protector influjo á naciones y pueblos, á individuos y familias, á gobernantes y gobernados, á todo cuanto existe y puede existir. ¿Puede darse una acción más universal y más bienhechora? . . .

¡El día en que el ángel de la Justicia despertara á los hombres de su letargo con su celestial trompeta, y recorriendo los ámbitos del globo les prescribiera la sujeción estricta á los dictados del Derecho, que son los de la recta razón, y ellos escucharan atentos su voz y obedecieran sus mandatos; ese día, repito, sería el de mejor regocijo, el de mayor dicha para la humanidad!

El termómetro más exacto para conocer el grado de civilización de un pueblo es, sin duda, su legislación. En ella se retratan sus tendencias, sus ideas, sus conocimientos y su respeto á los bienes y á la dignidad ajenos. Por esto, los más célebres historiadores han dado al examen de las respectivas legislaciones un puesto preferente en sus obras.—La humanidad se enorgullece, con justicia, de los progresos alcanzados en el mundo físico durante el siglo que acaba de fenecer, mediante los titánicos esfuerzos de algunos ingenios privilegiados y las sorprendentes aplicaciones de las ciencias físicas y naturales. El ferrocarril, el vapor, el telégrafo, los globos dirigibles, etc., manifestando están á las claras que los conocimientos humanos avanzan rápidamente, y de cuánto es capaz la inteligencia del hombre cultivada con el estudio.

Pero si esto es verdad y lo reconocemos con íntima é indecible satisfacción, no lo es menos que todos estos adelantos significarían muy poco para la humanidad, si ella dejara de ser impulsada hacia la cumbre por la poderosa, por la inmortal palanca del Derecho. ¿De qué le serviría á ella—á la humanidad—trasladar con suma rapidez sus personas y sus haberes á los lugares más apartados del globo; comunicarse instantáneamente entre individuos situados en la zona ecuatorial y las polares; trasmontar las cordilleras más escarpadas y elevarse á grandes alturas en la atmósfera; si abandonando el estudio del Derecho y dejando abolidas todas sus prescripciones, viera sus bienes arrebatados á cada instante por el más audaz ó por el más fuerte; si mirara su vida amenazada de continuo por la ferocidad ó la codicia; si la envidia ó la ignorancia pudieran arrebatár impúnemente su honra; si sus propios esfuerzos fueran la única autoridad para hacer valer sus derechos; si contemplara á la ancianidad ofendida, á la orfandad abandonada, mancillada á la inocencia y escarnecida á la virtud, sin que éstas encuentren amparo ni defensa en ninguna parte? . . . ¿Qué sería de las Naciones el día en que los súbditos rechazaran de sí toda idea de autoridad ó la Autoridad desconociera todo derecho de los súbditos; en que las más fuertes y mimadas de la fortuna borrarán los límites que las separan de sus vecinas; en que sus convenios y tratados fueran considerados como un mito; y en que el estampido del cañón fuera el único medio de manifestar la justicia de sus pretensiones? . . . ¡Suprimid el Derecho, y el comunismo, el socialismo y la anarquía serán los soberanos del universo! . . . ¡Suprimid la Ley, y veréis al mundo convertido muy pronto en pavoroso caos! . . .

Así lo han comprendido, felizmente, los hombres desde las más remotas edades, y por eso, trataron de cimentar más el natural instinto de sociabilidad, con las sólidas bases de legislaciones sabias. Y después, sus leyes, al parecer sencillas é inspiradas sólo en un recto criterio, llegaron á constituir el más valioso título de su inmortalidad.

Traed, por un momento, á la memoria á la Roma antigua, á la cuna de las letras, las ciencias y las artes; contempladla paseando sus águilas vencedoras por casi todos los ámbitos del mundo entónces conocido; y . . . mirad, más tarde, su poder reducido á la nada, su grandeza militar convertida en cenizas. Pero admiradla como legisladora, dictando, desde el sagrado trípode de la ciencia, disposiciones sabias para el bienestar de los ciudadanos, y, aunque destrozada después por sus enemigos, la veréis dominando—por medio de sus leyes, que, como dice un autor, son y serán siempre la razón escrita—no solamente á sus propios vencedores, sino también á todas las naciones del uni-

verso y por el ilimitado tanscurso de los siglos.

Fijaos en Napoleón, en ese genio inmortal que parecía creado para gobernar el mundo; vedle en los campos de batalla destrozando fácilmente á los guerreros más esclarecidos de Europa; observad la actividad desplegada por él para engrandecer á la Francia extendiendo sus fronteras, si era posible, hasta verlas confundidas en los puntos antípodas de ella, porque la consideraba estrecha para sus deseos y anhelaba decir, como Carlos V respecto de España, que en sus dominios jamás se ponía el sol. Pero, dejad correr el tiempo, y miradle en Santa Elena. . . . ¡Ah!, Napoleón en Santa Elena, es el emblema fiel del sol en el ocaso, del león encadenado y vencido, del roble secular despedazado!... Napoleón en Santa Elena, es el símbolo más exacto de la Grandeza, caída; de la Soberbia, humillada; del Poder más fuerte, destronado, y de la Ambición desmedida, recibiendo su justa recompensa!

Y así se han marchitado casi todos los laureles ceñidos en los campamentos; más, no ha sucedido lo mismo, con los que se han conquistado en los campos de la ciencia ó del arte. Cayó el Emperador por la coaligación de las potencias europeas que miraban en él una terrible amenaza; pero su Código, compendio de la más profunda sabiduría y expedido durante su Consulado, ha ejercido y seguirá ejerciendo un irresistible dominio sobre todas las naciones y sobre los legisladores más sabios del universo.

Sublime es, verdaderamente, la misión del legislador; pues su cerebro es—como ha dicho muy bien Portalis—“el Olimpo de donde se difunden las grandes ideas, las concepciones felices, que deciden la suerte de los hombres y el destino de los pueblos.” ¡Sí, los hombres y los pueblos serán mucho más felices el día en que se destruya el mayor número posible de fusiles y cañones, para convertirlos en innumerables plumas que defiendan la verdad y el derecho y los consignent en obras inmortales!

Fácilmente se concibe, por lo expuesto, cuán indispensable es para las sociedades el cultivo esmerado de la Jurisprudencia en sus diferentes ramificaciones. Soy el primero en reconocerlo y me complazco en manifestarlo en estas solemnes circunstancias, que es de todo punto necesario, para una nación cualquiera, que gran parte de sus individuos se dediquen al estudio de la ingeniatura, agronomía, arquitectura, física ó ciencias naturales, que son las fecundas fuentes del progreso material; que es un deber primordial de los Gobiernos establecer sólidamente la enseñanza de estas asignaturas; mas, no por esto, hemos de despojar de su excelsitud á la ciencia del Derecho ni considerarla como cosa secundaria, so pretexto de un mal entendido positivismo; por-

que sin ella, sin sus aplicaciones que son esencialmente prácticas, todos los demás conocimientos serían nulos y no producirían sus benéficos resultados, como lo he manifestado anteriormente.

Pero, temo extenderme demasiado, y por esto, hablaré ya de la literatura, concretándome, por hoy, á la poesía que es, á no dudarlo, la manifestación más hermosa del ingenio humano.

II

¡POESÍA! . . . Esta sola palabra basta para hacer brotar el fuego del entusiasmo en los corazones más fríos é indiferentes; para elevar al infinito á los espíritus más débiles y apocados!

¡Poesía! . . . Ella es la diosa á la cual rinden fervoroso culto las almas más nobles, los ingenios más esclarecidos! ¿Quién no se siente cautivado á su influjo celestial, cuando derrama inspiraciones sobre las inteligencias creadoras y ellas, con sus armoniosos cantos, nos proporcionan el consuelo en las horas de amargura, hacen latir nuestros corazones á las influencias del cariño, nos arrebatan entusiastas en las horas de placer, y nos atraen irresistiblemente por medio de esa simbolización de lo grande, de lo sublime, de lo bello y de lo fecundo? . . . ¿Qué labio no se complace en recitar, de vez en cuando, algunas estrofas, que parecen ser la expresión más viva y verdadera de los pensamientos que interiormente nos agitan?

La poesía, cuando ocupa el trono que le corresponde, ensalza á la virtud y deprime al vicio, canta los recuerdos de la infancia, glorifica á los héroes y á sus victorias, pinta con los colores más vivos las bellezas de la creación, expresa del modo más genuino los sentimientos de amor, de gozo, de admiración y de esperanza, y es el desahogo más hermoso del corazón en sus horas de alegría ó abatimiento.

El poeta no es un mero espectador de la naturaleza: es el profundo descubridor de sus secretos, la lente microscópica que pone de relieve ante los ojos de los demás hombres las beldades que ella contiene, y el intérprete fiel de su mudo lenguaje. El levanta con su dedo los párpados de las multitudes ciegas é indiferentes, para que vean todo lo que en el mundo hay de grande ó de pequeño, les muestra las llagas sociales y les señala lo que existe de elevado ó de vituperable en la humanidad. El toca las fibras más delicadas de los corazones apáticos é insensibles, para enseñarles á entusiasmarse por las glorias de la patria, á reír con los que ríen y á llorar con los que lloran. El es la palanca moral que aparta al corazón humano de las prosaicas escenas de la vi-

da, para transportarle, siquiera sea por breves momentos, á las regiones de la belleza y del arte. El conduce á nuestros espíritus por los senderos propios del espíritu. Y ¿se quiere una misión más excelsa?

Si es verdad que el hombre fué creado á imagen de la Divinidad, también lo es que el poeta es el que más se le asemeja, porque ha recibido algunos resplandores de la potencia creadora, que es uno de los atributos más sublimes de Dios. Sí, los poetas son hombres superiores: ellos civilizaron á los primitivos salvajes, como nos lo enseña la Historia, sacándolos con su mano poderosa del estado de abyección en que se encontraban; ellos han inmortalizado con sus cantos á los seres sobresalientes de la humanidad por sus virtudes, por su valor ó por sus talentos; ellos han reflejado en sus obras el carácter y el progreso de las naciones. ¿Quiénes sino Homero y Virgilio han pintado con mano maestra las famosas epopeyas griegas y romanas? ¿Quién ha realzado mejor que Víctor Hugo los acontecimientos culminantes de la Francia durante su siglo? ¿Quién ha inmortalizado á Bolívar, sino Olmedo? ¿Quién sino Herrera, á Don Juan de Austria y á los héroes de Lepanto?

Con razón los pueblos más civilizados de la antigüedad consideraban á los poetas como á hijos predilectos de los dioses, y los romanos, á pesar del rigor de su legislación con respecto á los esclavos, cuando encontraban entre ellos individuos dotados de ingenio, como sucedió con Fedro y Terencio, les daban un tratamiento digno, comprendiendo la superioridad de sus talentos.

“Tres musas inmortales—ha dicho un célebre escritor—reinarán sobre todas las generaciones poéticas que nos sucedan: la religión, el amor y la libertad.” A estas añadiría yo otra: la naturaleza; pues ella simboliza á lo vivo, en sus escenas, los variados sentimientos del corazón y las vicisitudes de la vida. En efecto, ese movimiento, esa agitación tan encantadora, ese bullicio del universo entero á las primeras caricias del sol, ¿no son una expresión poética, una imagen exactísima de la animación y alegría que experimenta el hombre en los primeros albores de su existencia? Ese brotar continuo de las flores á los pocos instantes de que despierta la aurora, ¿es otra cosa que el símbolo de las ilusiones que nacen en nuestra alma poco después de habernos separado de la cuna? El rocío depositado por el alba en los cálices de las flores, que sirve para darles frescura y lozanía y hacerles exhalar su perfume ¿no es un emblema del llanto, que al caer en nuestros corazones desde las primeras horas de la infancia, sirve para aliviar nuestras dolencias y, más tarde, para desahogar nuestros pesares? La fuga de la

niebla ante los primeros rayos del astro refulgente, ¿no es una representación del error que se aleja avergonzado ante la luz esplendorosa de la verdad? Esos manantiales que recorriendo diversidad de parajes van á terminar su carrera en abismos insondables, ¿no están pintando á la existencia humana, que después de atrevesar las variadas sendas de la vida, va á perderse en los misterios de la eternidad? La magestad y silencio de la tarde, en la cual parece que hasta las montañas meditan, circundadas por las sombras, ¿no representan fielmente á la ancianidad, rodeada de cierto ambiente de tristeza, meditabunda y pensadora? La caída de de las hojas marchitas de los árboles á causa de los rigores del estío, ¿no está simbolizando el deshoje de las ilusiones del corazón al llegar á la vejez? . . . Expresiones mudas son todas estas, pero llenas de bellísima elocuencia, que Dios ha derramado en la creación sensible, para que el hombre las traduzca á su propia lengua por medio de la palabra. Y ésta es una de las misiones exclusivas del poeta, aunque á veces no la puede llenar satisfactoriamente, porque no encuentra voces apropiadas para traducir esa poesía encerrada en las patéticas ó apacibles escenas de la Naturaleza. Pero ella es una musa tan inmortal como las anteriores; ella es la fuente inagotable de inspiración, donde se han alimentado los ingenios más esclarecidos que ha admirado el mundo.

Considerad por un instante el poder del orador. Desde el momento en que sube á la tribuna, todo el auditorio está pendiente de sus labios; enardece con el fuego de su elocuencia á todos los corazones, haciéndoles amar lo que él ama y aborrecer lo que él aborrece; lleva la convicción de la verdad de sus proposiciones á la inteligencias ilustradas y se apodera insensiblemente del ánimo de sus oyentes, valiéndose para ello de la fuerza racional y arrolladora de la palabra. Y sin embargo de ser tal su poderío, es superior la grandeza del poeta.

Cedamos la palabra, en este punto, al inmortal Lamartine, y oigamos cómo se expresa: "La suerte del orador—dice—es más seductora que la del filósofo ó el poeta; el orador participa á la vez de la gloria del escritor y del poder de las masas sobre las cuales obra; es el filósofo—rey, si es filósofo; pero su terrible arma, el pueblo, se rompe entre sus manos, le hiere y le mata (se refiere al orador político), y luego lo que hace, lo que dice, lo que agita en la humanidad, pasiones, principios, intereses pasajeros, no es duradero, no es eterno por su naturaleza; el poeta por el contrario, y entiendo por poeta á todo el que crea ideas en bronce, en piedra, en prosa, en palabras ó en ritmos, el poeta no agita más que lo que es imperecedero en la naturaleza y en el corazón humano: los tiempos pasan, las lenguas se

desgastan, pero él vive siempre intacto, siempre *tan él*, tan grande, tan nuevo, tan poderoso sobre el alma de sus lectores: su suerte es menos humana, pero más divina. Es superior al orador!”

Y, por otra parte, ¿qué es lo que se propone el poeta? ¿cuáles son sus ambiciones? Presentar las obras del Creador en toda su magnificencia y las acciones humanas meritorias en toda su esplendidez; divinizar el amor, el dolor y los demás sentimientos elevados; vaciar en el papel los anhelos de su corazón y las concepciones de su cabeza; comunicar á los demás una chispa siquiera de la inmensa hoguera que interiormente le devora, y, sobre todo, ambiciona la gloria y la inmortalidad. ¡Ah! ellas son las aspiraciones más nobles, los imanes más poderosos, los ideales más sublimes para las almas grandes! . . . Anhelarlas tan sólo, es un preludio de grandeza; poseerlas, una felicidad verdaderamente envidiable!

La poesía todo lo transforma y lo diviniza con la magia de sus encantos, y se la siente palpar, prestando calor y vida, en todo lo que tiene un tinte de maravilloso. Con razón Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, considerada por el insigne literato Don Marcelino Menéndez y Pelayo como la primera poetisa de América, se expresa de este modo en su inimitable oda “Á LA POESÍA”:

“¿Qué á tu dominio inmenso
No sujetó el Señor? En cuanto existe
Hallar tu ley y tus misterios pienso;
El universo tu ropaje viste
Y en su conjunto armónico demuestra
Que tú guiaste la hacedora diestra.”

Sí, la mejor poesía que existe, es el mundo que admiramos, y el primer poeta, es Dios!

III

No faltan, sin embargo, inteligencias rastreras y espíritus vulgares, que incapaces de elevarse en alas del ingenio, pretenden descreditar á la poesía, calificándola de inútil, considerándola como una mera ficción y queriendo extinguirla de sobre el haz de la tierra.

Felizmente, los que así piensan, no son sino los materialistas exagerados, los cuales sólo aprecian como digno del hombre lo que puede satisfacer sus intereses materiales, descuidando por completo lo que perfecciona ó deleita á la parte espiri-

tual y más noble de la humanidad. No obstante, manifestaré en pocas líneas lo infundado de aquellas apreciaciones.

¡Que la poesía es inútil!... ¿Qué? ¿hemos de considerar como útil tan sólo lo que sirve para sustentar nuestro cuerpo y cubrir su desnudez, y hemos de negar ese calificativo á lo que alimenta nuestro espíritu y ennoblece nuestros sentimientos, á lo que nos hace ver más claramente la infinita distancia que separa al hombre de los demás seres de la naturaleza? ¿Se ha materializado tanto el criterio, que se cree más apetecible para un hombre disfrutar de un halago físico más, que levantarse á las regiones excelsas del Olimpo, donde todos le contemplen y admiren, y donde respire el aire embriagador de la gloria, del arte y de la belleza estética?...

Por otra parte, el hombre trabaja y se afana para proporcionarse, además de las comodidades de la vida, algún goce, alguna satisfacción, como cosa no sólo útil sino necesaria en ella. Y, ¿habrá un ser racional que goce más saboreando los manjares que agradan á su paladar, que percibiendo con la inteligencia el exquisito sabor que contienen las poesías de Milton, Heredia ó Núñez de Arce, ó deleitándose en los teatros con las inmortales producciones de los autores dramáticos más renombrados, de los trágicos más sublimes?

Con sobrada razón se considera universalmente como útil, aun en las épocas en que se difunden las ideas de materialismo, el esmerado cultivo de la pintura, de la música, de la escultura y de las demás bellas artes, y ¿hemos de mirar con desdén á la poesía que, indiscutiblemente, resplandece en la cima de todas ellas?

Las naciones no sólo necesitan para su engrandecimiento de obreros y trabajadores industriales; sino también de seres abnegados en cuyo pecho arda el fuego del patriotismo, para que ejecuten acciones meritorias en favor de los asociados, y de corazones heroicos, capaces de sacrificar sus vidas en aras de la patria, ya sea libertándola, ya defendiéndola de las potencias enemigas. Los Bolívar, los Sucre, los Calderón, los Ricaurte, son indispensables para los pueblos. Y, si estos seres extraordinarios acometen grandiosas empresas de una manera tan desinteresada, ¿no es porque acarician el noble anhelo de la gloria? ¿Y no son los poetas los llamados, en primer término, á inmortalizar sus nombres y sus hazañas?...

¡Que la poesía carece de realidad, que es una mera ficción!... ¿Habéis penetrado en el corazón de una selva?; ¿habéis mirado con espíritu observador las bellezas que la pródiga mano del Eterno ha derramado en el universo?; ¿no se ha infiltrado alguna vez la amargura en vuestro pecho?; ¿habéis

sentido interiormente los encantos de la ilusión, las dulzuras del amor? . . . ¿No se han despertado entonces, en vosotros, esos altos pensamientos, esas ideas arrobadoras, esos sentimientos delicados, que son en sí realidad y no ficción, y que expresados con palabras constituyen el fondo de la verdadera poesía?

Muchas de las concepciones poéticas son el fruto de una observación perspicaz, y así el poeta, cuando se cree que finge, lo que hace es estudiar atentamente los acontecimientos, sondear el corazón humano y, poniendo en juego los conocimientos que ha adquirido, escribir un drama, cantar un hecho ó dar á luz un poema, que, á veces, no son la relación de tal ó cual suceso histórico, pero que revelan con exactitud lo que es el hombre, cuáles son sus deseos, sus esperanzas y el poder de sus pasiones. Asimismo, contempla él los espectáculos de la creación esparcidos en distintos lugares, conserva en su memoria las ideas que le han sugerido y pinta, después, con su pluma, hermosísimos cuadros, que no representan, en ocasiones, tal ó cual paraje determinado; pero que son el hacinamiento, la síntesis de las bellezas reales que han hecho estremecerse á su alma.

No se crea tampoco, por lo dicho, que yo juzgue que los individuos, aun cuando estén dotados de ingenio, deban dedicarse exclusivamente al cultivo de la poesía; no: la ciencia en sus infinitas faces, las industrias, las artes, el comercio ó la agricultura, han de merecer, sin duda, su atención preferente. Pero pretender—como sucede con muchos—que aun aquellos cerebros privilegiados que sienten arder el fuego de la inspiración, han de permanecer perpetuamente callados, sólo porque sus obras no han de producir beneficios materiales para la multitud; es llegar al colmo de la vulgaridad y de la insensatez. ¿Luce, acaso, más el águila cuando abate su vuelo y se oculta en su recóndito nido, que cuando despliega magestuosa sus alas para elevarse á las regiones de la luz? . . . Sin ir muy lejos, Olmedo, Llona, Mera, Cordero, Crespo Toral y otros ilustres poetas compatriotas nuestros, arrojando desdeñosos la lira desde su juventud, para no tañirla jamás. . . . ¡ah!, eso habría sido la inhumación voluntaria del ingenio, el amor á la oscuridad y el odio á la gloria, el desprecio de uno de los dones más sublimes del Creador!

Si quereis, exagerados materialistas, que enmudezcan para siempre los poetas; apagad el sol, para que no vivifique al universo; oscureced la aurora, para que no les deslumbre con su hermosura; eclipsad la luna, para que no les envíe sus fulgores; desecad los lagos y los mares, para que no les brinden sus encantos; detened los ríos, para que no se precipiten en atronadoras

cascañas; talad los bosques, para que les muestren su galanura; matad á las aves, para que nos les deleiten con sus cantos; proscribid las acciones heroicas; extinguid el amor; envileced á la virtud; humillad á la gloria; entorpeced la inteligencia humana; despedazad el corazón, y negad á Dios. ¡Quizas entónces podreis alcanzar vuestro despreciable intento!

IV

¡**Q**UERIDOS compañeros!: ya que, como lo habéis manifestado, poseéis envidiables dotes para manejar la pluma . . .; ¡manejadla! El hombre que escribe, no muere, él labra con su propia mano el monumento que le immortaliza. Las estatuas que se erigen á los grandes hombres consiguen también el mismo objeto, pero no son visibles en todos los lugares de la tierra: las obras literarias son monumentos que viajan y que hacen admirar al autor aun más allá de los mares. Por otra parte, aquellas, aun cuando estén labradas en mármol ó en granito, son destruidas por la fuerza deletérea del Tiempo, que "con su ala débil las toca y las derriva al suelo", según la bellísima expresión del gran Olmedo; mientras que las obras admirables del ingenio, permanecen inmutables en el transcurso de los tiempos, como sucede con las de Homero, Virgilio, el Dante y otros muchos, las cuales se han conservado intactas hasta nosotros y las conservarán con veneración los siglos posteriores.

Cultivad anhelantes vuestras inteligencias, porque no puede haber grandeza donde hay absoluta ignorancia; y dejad algún fruto de vuestro ingenio, para que no muráis, como la mayor parte de los hombres, el día mismo en que bajéis á la tumba.

Y vosotros, distinguidos oyentes, que formáis una gran parte del cerebro ecuatoriano, estimulad á los jóvenes de esta Sociedad, los cuales—á excepción del que os dirige estas palabras—constituyen una positiva esperanza para nuestra querida Patria, digna, por mil títulos, de figurar entre las naciones prósperas y felices.

He concluído.